IUSPORT
La 1ª web de Derecho Deportivo

LA "HUELGA" DE CONTROLADORES Y EL DEPORTE: UN CUENTO REAL

Por Juan de Dios Crespo

No se trata aquí de dar más o menos argumentos en pro o en contra de los controladores ni, tampoco, de ver los efectos generales en el deporte que su actuación generó. Solo quiero contar lo que me ocurrió, dentro del ámbito de mi trabajo, el famoso día "D".

Primer tiempo:

Salí de Valencia el viernes a las 13.00 en vez de las 11.00, como estaba previsto, hacia Lisboa, con el convencimiento de volver a las 22.15 a mi ciudad y poder disfrutar de un fin de semana largo, tranquilo y apacible.

Si bien el retraso inicial no tenía ninguna connotación "huelguera" (palaba que me invento y que me parece adecuada para nombrar lo que ha ocurrido), debí haber sospechado algo. Incauto de mí, y con mi solo maletín/ordenador como compañía (y un buen libro, siempre) emprendí el viaje de trabajo a la capital vecina, para intentar solucionar amigablemente un caso de derecho deportivo.
Llegado a las 14.00 y sentado media hora más tarde con mis clientes y adversarios, ajeno a lo que se tramaba en la piel de toro, continué escuchando, hablando y negociando hasta llegar a un punto (veremos si final...) en que había que volver al aeropuerto lisboeta. A las 17.00 horas, taurinas a más no poder, obtuve mi tarjeta de embarque y, tras las oportunas y necesarias compras (de las que hablaré más tarde) me dirigí a una sala de espera que mis múltiples viajes y sus consiguientes puntos me permiten disfrutar.

Cuando apareció que mi vuelo de las 19.15 iba a ser "informado" a esa misma hora, comprendí que llegaría más tarde de lo previsto, pero cuando me apercibí que aquélla pantalla era un paño de lágrimas, me fijé más en ella y se entabló un partida de **ajedrez** (deporte según muchos) entre los dos. Cuanto más miraba, más me movía las fichas y estaba a punto de llamar al árbitro cuando me dije que no era normal. La sala poseía dos ordenadores que los pasajeros pueden usar libre y gratuitamente pero estaban ocupados entonces por dos niños, hermano y hermana al parecer, que practicaban el **surf** informático, con su padre luchando desesperadamente con su móvil para ver si podía llegar a algún sitio esa noche.

La cosa parecía fea y gentil pero firmemente saqué **tarjeta amarilla** al niño indicándole que podía jugar con su hermanita. Salté, cual jinete de **hípica** al taburete y engullí todos los periódicos on-line del espectro español, con la sorpresa de ver que la partida con la pantalla era generalizada: los controladores españoles no estaban en sus puestos y el espacio aéreo parecía el desierto de Kalahari.

Una mirada urgente al agonizante panel informativo que indicó que mi vuelo tenía noticias programadas para las 21.00.

Esto no podía ya ser motivo espera en la ya no tan relajante sala de espera y puse mi cuerpo en **marcha atlética,** vigorosa pero sin correr, ni levantar ambos pies del suelo al mismo tiempo, evitando ser sancionado por quienes me miraban balancearme con opiniones divididas.

Llegado a los *balcoes (*muestra de la belleza del portugués), o sea, a los mostradores de información, jugué con mi altura y **gané la posición** como si fuera un partido de **baloncesto**, colocándome en posición de recibir la información que una desbordada empleada de TAP (línea aérea lusa) lanzaba. Todos los ahí presentes nos lanzábamos por los retales de anglo-portugués que la pobre María (la portuguesa) lograba transmitirnos.

Supe de la ya imposibilidad de viajar esa noche, confirmada por un visionado desesperado a la pantalla que, en un **jaque y mate** inverosímil, por nunca visto en mis muchos años de peregrinar por los aeropuertos, había hecho desparecer mi vuelo. Ni tan siquiera estaba retrasado, anulado o lo que fuera que dijeran las múltiples palabras que ya ni alcanzaba a leer, sino que no existía...

Si bien algunos consideran que el **yoga** no es deporte, en esos momentos estaba por nominarlo para los próximos Juegos Olímpicos y, desde luego, me apetecía probar algún tipo de relajación con Richard Gere y el Dalai Lama en persona. ¡No existía!

El pasajero desaparecido volvió a su redil/sala cuando la amable lusitana me dijo que un autobús me recogería pronto para llevarme a un hotel. En ese momento, abatido, me di cuenta de que el salón se denominaba **Blue Lounge**, una reminiscencia del new-yorkino club de jazz **Blue Note.**

Pero ya no tenía ganas de escuchar a nadie sino de zambullirme en una cama y esperar al día siguiente. Como quiera que la espera se hacía tan larga y la empleada aérea ya ni estaba, cuando volví a casi tirarme por los *balcoes*, en un a modo de **puenting**, éste también próximo deporte olímpico. Nadie sabía nada.
Así las cosas, tomé un taxi y me fue al hotel donde me había reunido previamente y logré una muy confortable habitación. Cené mientras pensaba qué hacer al día siguiente cuando tomé la decisión de alquilar un coche o ir en tren a la mañana siguiente.

Cuando casi lograba el primer sueño a las 00.00, sonó mi móvil, que había entregado en una suerte de lotería, a la empleada de TAP. Su voz resonó en mi dormido cuerpo y me indicó que el "Senhor Crespo" tenía vuelo a Madrid a las 7.15 y que se le esperaba a la 6.00 para darle su tarjeta de embarque. Luego, supuestamente, llegaría a Valencia, tras una mínima escala en la capital de España. Le murmuré si estaba segura, ya que mi ordenador, ya casi mustio (erré en no coger el cargador, sí el del móvil...) lanzaba mensajes casi militares. Me preparaba incluso a ser nombrado **Alférez de complemento,** cosa que no logré en mi vida anterior por una miopía **galopante** que me dejó en el **banquillo** castrense.

Su seguridad me tranquilizó y, si bien ya solo iba a poder dormir poco más de cuatro horas, el cansancio pudo conmigo y pude llegar al **intermedio** y reposar.

Segundo tiempo:

Presto a las 5.30, en el aeropuerto a las 5.55 y ante el mostrador a la 6.00 estaba yo, con las esperanzas renovadas. Obtuve la tarjeta de embarque (mi segunda, aunque esta parcial, solo hasta Madrid, de momento) y me dirigí a mi club de jazz particular, que abría a las 6.00, según un cartel multilingüe.

Pero, ni a las 6.00 ni nunca más abrió ni abriría, hasta las 13.00 como muy pronto, según me comentó una antipática señora, que casi me pisa el pie con la puerta automática que volvía a cerrar rauda. No pude evitar un golpe de **kárate,** recuerdo de mis años de practicante, a la dichosa puerta.

Con el ordenador ya inerme, sin poder acudir a los de la sala, solo me quedaba volver con mis compras (cuatro bolsas de diversas chucherías, delicatesen y regalos familiares) que ya parecían **pesas de halterofilia** y que me hacían maldecir el momento en que, ingenuo de mí, pensé que solo pesarían hasta la escalerilla del avión.

Me volví a mi segunda partida de **ajedrez**, con mi pantalla amiga, y ahí estaba mi vuelo, de las 7.15, a la espera de más información a esa hora...

Cuando, llegada esa hora, la jugada maestra presagiaba otro mate (B8, nueva puerta, en vez de la ya familiar B13), el demoníaco objeto me mostró su cara más adversa y cínica con una nueva información a las 8.15, decidí tomar el toro por los cuernos y salir del aeropuerto para conseguir un coche con el que llegar, al menos ese mismo día, a mi amada casa.

Los *balcoes* de la compañía de alquiler de vehículos ya parecían los de la noche anterior y se agolpaban multitud de incautos como yo. Afortunadamente, mi cliente ya había previsto esta circunstancia y me había reservado un coche.

Subido a mi Volkswagen (el coche del pueblo) Golf Diesel medio-ranchera, no supe arrancarlo porque solo conozco el mío y éste era muy moderno. No obstante, lo logré y comencé mi **rally,** no un Paris-Dakar sino un Lisboa-Valencia, a las 9.15 de la mañana, con la esperanza de llegar aún a tiempo de dormir a mi hija pequeña.

Las instrucciones eran claras para salir del aeropuerto: A-2, A-12 y A-6. Jugada maestra de nuevo, pero esta vez ganaba yo, ¡pantalla del infierno!

Me disponía a cruzar la península ibérica, en un a modo de luto por el perdido **Mundial de Fútbol 2018.**

La primera etapa suponía cruzar el puente Vasco da Gama, **un navegante** con mejor estrella, y sobre todo con mejor marketing, que nuestro Juan Sebastián Elcano, capitán de Guetaria, donde tantos y buenos pescados había comido con mi suegro. Estos recuerdos me hacían fácil la **travesía** de un puente interminable.

Ya en tierra firme, puse rumbo a Évora y luego a Badajoz, cruzando una ¿inexistente? frontera, que demuestra a veces lo inútil de su creación.
La entrada a Extremadura suponía la **segunda etapa de mi Tour/Vuelta** particular y no paré hasta llegar a un polígono industrial de las afueras de Bargas (provincia de Toledo), donde me di cuenta de que no había desayunado y a las 15.25, mi cansado y hambriento ser pedía tregua. Solicité **tiempo muerto** y me dispuse a entrar en un bar, La Almendra, situado a la mitad de dicho polígono, pegado a la autovía por la que discurría.

Ahí me esperaba un menú, pero yo estaba algo pachucho y pedí medio plato de chorizo ibérico (excelente), una sopa de bacalao y patatas (típica de la Mancha y aún de gran recuerdo) y, totalmente fuera de lo posible, una tortilla de patatas individual, sin explicar nada más. Ésta me llegó como me gusta, babosa y preciosa, en medio de mi plato. La devoré en un instante, pero no sin saborearla y darle, al menos, una estrella Michelín. Ahora bien, no me hubiera sometido a un control **antidopaje** ya que estoy seguro que hubiera dado **positivo** con el subidón que la tortillita me había proporcionado.

Pagando me encontraba cuando la Benemérita hizo su entrada. Como quien no quiere la cosa, comenté que cómo se llegaría mejor a Valencia y el Cuerpo me proporcionó información que desconocía hasta entonces. Una ignota A-36 (o era 38), que como en las películas de terror, aparecía desde ninguna parte, me podía llevar a Valencia con mejor y más corto recorrido. Reconfortado, hasta compré un décimo de lotería que ojalá me toque y pueda agradecerle a los controladores sus actos.

El **tiempo muerto** estaba sobrepasado con creces, pero como al Barcelona después en Pamplona, se me permitió un tiempo de gracia. **Mi partido de Liga** era otro, y los **puntos** que ansiaba era el confort de mis seres queridos.

La tercera etapa debía ser la definitiva pero era no contar con los imponderables, en forma de la falta de gasolina. Ya estaba yo, aunque sin copiloto, como **Carlos Sáinz** . en el famoso **rally de Gran Bretaña**, donde aún resuena el grito de **Moya: "Por Dios, Carlos, arráncalo".**

También recordaba a **Alonso y su último gran premio de F1 de este año**, y aunque sin Weber que marcar o Vettel que me adelantara por la derecha, me sentía otro piloto hispano sin suerte.

Afortunadamente, un gasolinera apareció y me abastecí del precioso líquido, a la par que me tomaba una chocolatina, compraba unos dulces de El Provencio (provincia de Cuenca) y estaba a punto de comprar ajos de Las Pedroñera (ídem) cuando me di cuenta que parecía un anuncio que había visto en televisión.

Ganada esta mini **tercera etapa,** comencé ya, sí, la **cuarta y última.**

Por esa autopista de terror (por lo desconocida) llegaba cada vez más cerca de mi hogar. Al tiempo, me informaba de que los controladores, ya bajo las órdenes militares y en estado de alarma el país, se reincorporaban con celeridad y que el Barcelona estaba camino de Pamplona, en un guirigay viajero que no acababa de entender.

A las 20.00 en punto, tras 1003 kilómetros (exactos), llegaba al aeropuerto de Valencia, exhausto pero el **partido ganado: había llegado a casa sano, salvo y solo un poco más sudado que de costumbre, pero eso es lo que da el deporte…**

Me anudé la corbata y me estiré el traje (que llevaba un día y medio de trabajo continuo) y entregué el coche bajo las **ovaciones del público.**

Fin del encuentro

© Juan de Dios Crespo (Autor)
Abogado especialista en derecho deportivo
RUIZ HUERTA & CRESPO SPORTS LAWYERS

© IUSPORT (Editor). 2010